

DISCUSIÓN

Revista mensual

Precio \$ 15.-

Agosto de 1963

SUMARIO

Ismael Viñas

Raúl A. Ponnunzio

5

Las posibilidades del
radicalismo

En torno a la polémica
sobre el marxismo y el
cristianismo

Ismael Viñas

LAS POSIBILIDADES DEL RADICALISMO

Después de enumerar los puntos de mayor compromiso del programa electoral de la U. C. R. del Pueblo, formulamos, en el número anterior, el siguiente interrogante: "¿Está dentro de las posibilidades de nuestra burguesía, o, más específicamente, está dentro de las posibilidades de la U. C. R. del Pueblo, partido preponderantemente pequeño burgués, el cumplimiento de un programa con las implicaciones del enunciado?" Lo que sigue es la primera parte del análisis efectuado por el dirigente del Movimiento de Liberación Nacional para dar respuesta a esa pregunta.

Una respuesta categórica sería bastante simple: no; el radicalismo del Pueblo no va a cumplir lo que promete. Se trata del más ambiguo de todos los partidos, colocado ante una situación (económica, social, política) difícil, y enredado además en un sistema electoral que va a exigir una política continua de compromisos, negociaciones y regateos, y de la que el resultado más lógico será una inoperancia casi total.

¿Es ésta respuesta demasiado negativa, demasiado "destruccionista"? Fácil, demasiado fácil, es demostrar que se basa en el más estricto realismo. Pero, además, adelanto: sería una respuesta "destruccionista" si no se propusiera nada en cambio, o si cayera en proponer ese revolucionarismo verbal, mezcla de teddy boys y guajirismo a la altura de Florida y Viamonte, que caracterizó el tiempo que va desde principios de 1960 a marzo de 1962, y que hoy se va apagando entre una literatura de vieja izquierda declamatoria y un solapado conformismo electoral.

Vamos paso a paso. La UCRP va a fracasar. Pero su fracaso no se deberá a que toda política burguesa sea imposible hoy en los países dependientes, sino a causas más concretas y circunstanciales.

Está en estos momentos de moda, entre la joven izquierda, hacer una especie de silogismo que puede formularse más o menos así:

En los países dependientes como el nuestro, es ya imposible una política de la burguesía que intente construir una nación (capitalista) independiente.

La formación de un centro capitalista (o de una nación burguesa, dicho de otro modo) exige una gran acumulación de capital. Este fue obtenido en los países de desarrollo capitalista más o menos clásico, por la doble explotación de las clases trabajadoras en lo interno, y de colonias en lo externo. Ya, esa doble explotación no es posible: las eventuales colonias están ocupadas por los países centrales, y sólo se los podría desalojar de ellas afrontando una guerra económica que, eventualmente, podría desembocar en una guerra armada, declarada o no (como en las dos guerras mundiales interimperialistas —guerra declarada— o como en el forcejeo interimperialista que se dio en el Congo). ¿Imaginan ustedes a la Argentina disputando al Paraguay a Estados Unidos? A su vez, las clases trabajadoras, al menos en nuestro país, tienen un nivel demasiado alto de desarrollo, conciencia y organización, como para dejarse explotar en demasia. Además, sigue el silogismo, la situación es tal, que en lugar de explotar a otros, nosotros somos succionados por los centros imperiales. Y a éstos se les ha reducido demasiado el área explotable del mundo como para que admitan condiciones que lleven a la creación sin dificultades de una nueva nación burguesa.

Una burguesía colonial sólo puede intentar en serio la creación de una nación, enfrentando al o a los imperialismos dominantes y a las burguesías oligárquicas conjuntamente, a condición de apoyarse en las masas, recurriendo a su movilización, dándoles para ello participación en el sistema. Y las burguesías temen tomar ese camino, porque tienen miedo a las masas. Al menos allí donde, como en nuestro caso, esas masas están constituidas en gran parte por un proletariado industrial muy cohesionado, capaz de desbordar en la lucha a la burguesía.

Por lo tanto, el único camino posible para lograr la liberación nacional es el de la revolución social, que conjuntamente conquiste la nación, la cree, y construya una sociedad socialista.

Todo eso es cierto. Tan cierto, que casi no valía la pena resumirlo.

Pero es tan cierto que oculta algo de la verdad posible. No es descartable, ni aquí ni en ninguna otra parte, la aparición de un sector burgués con ánimos suficientes como para tentar la aventura, y aun como para recorrer parte del camino que lleva hacia la liberación. Aun cuando se detenga luego a mitad del camino, y se enrede en contradicciones, ambigüedades y frustraciones. Podrían tejerse multitud de hipótesis que posibilitaran tal fenómeno, y acumularse por lo menos una docena de ejemplos actuales para ilustrar tales hipótesis. Comenzando por el caso brasileño y terminando por el indio o el indonesio.

Eso, si se ponen las cosas en sus verdaderos términos, y no en aquellos en que suele ponerlos la izquierda tradicional. Si lo que se espera es una burguesía que realice la revolución llamada democrático-burguesa total, desde la reforma agraria hasta la nacionalización del subsuelo, tal como parece esperarle el Partido Comunista, claro está que eso no va a ocurrir. Si, a su vez, se exige de la burguesía que realice la revolución social, armando milicias obreras y

llegando poco menos que a la creación de soviets, como a veces se le reprocha a Verón por no haberlo hecho y hoy al peronismo por no intentarlo, claro está que eso es, para decirlo dulcemente, algo así como una tontería. La burguesía es la burguesía, jamás pudo realizar otra cosa que revoluciones burguesas, y hoy las cosas han llegado demasiado al límite para que se lance en aventuras desordenadas.

Pero, conviene repetirlo: aquí y en cualquier otra parte puede aparecer un sector burgués que intente realizar algo del camino de la revolución nacional. Si aparece, va a fracasar a la larga, pero va a realizar muchas cosas en su marcha, va a arrastrar detrás de sí a buena parte de las clases populares (incluida la clase obrera), y nos va a plantear problemas tácticos muy complicados a los partidos revolucionarios. Que lo digan si no las izquierdas brasileñas. Eso sin apelar al doloroso recuerdo de lo que ocurrió aquí durante el peronismo.

Es fácil resolver las cosas en un ensayo o en los titulares de un periódico. Lo difícil, compañeros, es realizar la revolución y luchar día a día, trabajosamente, para armar los instrumentos para realizarla. Ya veremos luego que esta no es una frase, simplemente, sino, justamente, una propuesta de trabajo.

El problema se nos plantea a nosotros, fuera de estas disquisiciones un poco académicas, en términos muy concretos. ¿Qué puede predecirse a corto plazo que va a pasar en nuestra vida política? ¿Qué táctica adoptar para no entregarse al reformismo y a la fabricación de ilusiones democratistas, o sin caer en el revolucionarismo de café, en slogans y en el anuncio de una revolución que ya estaría ocurriendo, que ya estaríamos realizando, pero que sólo existe en nuestras fantasías?

En estos momentos subsisten dentro de la burguesía argentina contradicciones de todo tipo, de unos grupos burgueses con otros, y de muchos de ellos con los centros imperialistas. Brevemente, podemos resumir esa situación así:

Los grupos burgueses ligados a nuestros mercados imperiales tradicionales (Inglaterra) en ese momento sufren agudamente las consecuencias de la debilitación del imperio británico y de la contracción de su mercado consumidor (de 350.000 toneladas de carne enfiada —chilled— que absorbia, se ha descendido a 180.000). Entre estos grupos, algunos sectores se adaptan al actual predominio norteamericano, pero otros intentan buscar otros mercados, sin lograrlos en la medida necesaria. Y, al quedar marginados, se rebelan de modo más o menos confuso contra el sistema, llegando hasta a proclamar deseos antimperialistas, denunciando al régimen como corrupto y sin salida, y animándose incluso a hablar de "revolución nacional". Hasta algunos comienzan a criticar al capitalismo mismo como forma económica, sobre todo entre aquellos grupos de clase media no ligados directamente a los instrumentos de producción, es decir, allí donde suelen darse siempre con más virulencia los reflejos de la decadencia de un sector social. La expresión más aguda de estos grupos la podemos encontrar entre algunos "gorilas" colorados, que se llaman a sí mismos "gorilas de izquierda", que exponen todo un "programa" de reformas sociales de tipo paternalista, un gran odio de tintes éticos contra ciertos monopolios (sobre todo los eléctricos y petroleros), y algunas propuestas confusas de reformas estructurales. No es raro encontrar entre esta gente ex nacionalistas de derecha como "Fifo" Sánchez Zinni, y aun "izquierdistas" confesos, como el coronel Santamarina, que se declara castrista.

Otros grupos, ligados a la producción industrial, padecen trastornos seme-

jantes. Al reajustarse la crisis que siguió a la posguerra, allá por 1950, el sector más poderoso de la burguesía industrial local buscó y logró unirse con el imperialismo triunfante. Otro sector, más débil, intentó proseguir el desarrollo del mercado capitalista local mediante una asociación general con el imperialismo, no ya de empresa a empresa como los anteriores. En la medida que los intereses de los dos sub-grupos coincidían, ambos apoyaron la aventura frondicista-frigerista. Pero, como es lógico, ese intento, llamado "desarrollista", de capitalizarnos mediante la ayuda de los capitales privados y estatales imperialistas sólo benefició a las grandes empresas, ya asociadas a los monopolios o que se fueron asociando durante ese período. También se beneficiaron algunos grupos, ligados al poder político, y que a través de él ingresaron en lo que el MLN llama "la rosca", para diferenciarse de la vieja oligarquía en su forma clásica. Otros grupos componen la vasta masa de empresas quebradas o al borde de la quiebra, que dan alimento al ejército de obreros desocupados que se ha creado en nuestras ciudades industriales.

En los grupos de esta burguesía menor, y en los cuadros de clase media que la expresa, es donde proliferan todos los intentos de recrear un movimiento nacionalista populista burgués, un poco creyendo que es posible repetir la experiencia peronista de 1945, otro poco fantaseando sobre las posibilidades de superar al propio peronismo. De nuevo aquí, con los más variados matices, encontramos quienes hablan de superar el sistema capitalista. Desde los frentistas hasta los que hablan de "revolución nacional", podemos espigar diferencias y subdiferencias. Algunos de ellos, incluso, han visto la imposibilidad de cualquier intento que acate las vías políticas legales, y cuando hablan de revolución piensan efectivamente en un golpe de Estado. No es extraño que encontremos entre ellos quienes participaron en algún momento de la "legalidad" azul, para acercarse luego al golpismo colorado, como el coronel Guevara.

Nos encontramos, por fin, con grupos que están directamente ligados a las nuevas formas de penetración imperialista: el petróleo, la química, las altas finanzas, habiendo nacido ya como asociados de ellas.

Una clasificación muy esquemática de nuestra burguesía, nos daría aproximadamente este panorama: Grupos ligados a la industria y al campo, al comercio y a las finanzas, estrechamente ligados a los monopolios imperialistas; ya se trate de grupos readaptados a la nueva situación, ya hayan nacido o se hayan expandido dentro de la misma. Grupos que tratan de crear un marco general para desenvolverse apoyándose en las nuevas condiciones que crea a nuestro país el sistema imperialista. Y grupos desplazados más o menos totalmente, se hayan dado ya cuenta o no de las consecuencias reales de ello.

A su vez, algunos de estos grupos y subgrupos creen posible utilizar a las clases populares para realizar su propia política, y otros expresan de modo tajante un "esfuerzo" político antiobrero, buscando su apoyo en las clases medias. Así como unos creen posible utilizar las reglas del juego formal democrático-burgués (elecciones, libertades públicas), y otros confían sólo en la instauración de una dictadura: ya sea para manejar con mano de hierro a los obreros, ya sea para conquistarlos desde el poder.

Estas innumerables tendencias atraviesan a los partidos políticos y producen en ellos sucesivos resquebrajamientos o facilitan la aparición de nuevos partidos que disputan a los existentes el derecho a representar de modo más legítimo alguno de los matices que dividen a aquellos. La aparición de la UCRl, escindida de la UCRP, la posterior división entre frigeristas e intransigentes netos, muestra la situación de los núcleos burgueses medianos; unos logrando su asociación con el imperialismo, otros expresando la crisis de los

sectores más débiles. La aparición del aramburismo, disputando su clientela y su ideología a los conservadores vacunos, expresa las nuevas formas de la penetración imperialista en las finanzas y en el comercio exterior nacional; mientras que la existencia de "gorilas" colorados netos entre los conservadores, muestra la crisis de la oligarquía ganadera tradicional, etc.

Pero es necesario agregar otro hecho: *todos los grupos en que actualmente se divide y subdivide la política burguesa, se muestran impotentes para tomar el poder y realizar desde él una política coherente y acatada por la propia burguesía.* Los gobiernos militares que tuvieron el poder desde 1955 a 1958 se debatieron en continuos conflictos, algunos resueltos aparentemente de modo terminante, como el que acabó con el Ionardismo, otros menos visibles, como la lucha que terminó con el almirante Rial y dejó impotente a Rojas. En iguales conflictos no resueltos se debatieron primero Frondizi, luego los colorados que lo derribaron, y finalmente los diversos grupos azules que mantuvieron a Guido. Ningún grupo, ni legalmente, ni por la pura violencia, consigue imponerse totalmente, y, una vez en el poder, ninguno desarrolla una línea integral que indique claridad de objetivos y base de sustentación suficiente.

No se nos diga que eso es porque ninguno tiene una política burguesa nacional, que logre el apoyo de las masas. Esa es una frase falsamente izquierdista, que carece de todo significado, ni a la luz del marxismo, ni a la de ninguna teoría política con pretensiones de seriedad. Se trata a lo sumo de un slogan, y en el peor de los casos (que creo es el verdadero) de un progresismo semipopulista bastante pobre. La burguesía puede gobernar, por la fuerza o por el semiconsentimiento de las otras clases, con y sin una política nacionalista. Así lo demostró entre nosotros la oligarquía durante por lo menos cincuenta años, y sin duda desde 1950 a 1943. Hoy, la burguesía se demuestra incapaz de gobernar, Lisa y llanamente. Aunque perdure en el poder.

¿A qué se debe este perdurar sin gobernar?

A varias causas, todas de la misma raíz, todas confluyentes.

La causa general está dada por las dificultades que atraviesa el orbe capitalista en su conjunto. Aichada su área de explotación por el crecimiento del mundo socialista (que ha arrebatado a su dominio países que en su casi totalidad eran dependientes, fuentes de ingresos y por lo tanto de estabilidad), esto coincide con un aumento de las necesidades de los países centrales, entre otras cosas porque aumenta su población. Los conflictos continuos en el centro del sistema, la falta de afirmación de un centro imperial sobre los otros, la disminución de capacidad expansiva del capitalismo, se refleja en nuestra burguesía asociada al imperialismo, fraccionándola, impidiendo que un grupo crezca y se imponga a los otros, al modo como la oligarquía vacuna se impuso a los otros grupos burgueses locales.

Por otra parte, las necesidades generales de nuestra sociedad no pueden ser satisfechas ya sino por una economía de alta capacidad productiva: no podemos seguir vendiendo vacas y cereales para obtener todo lo demás que necesitamos, ni podemos sostener una industria liviana comprando para ella maquinarias y materias primas por medio de la venta de cereales y vacas. Entre otras cosas, nuestra producción de productos agrarios es hoy poca en relación a nuevos centros que venden en el mercado internacional (Canadá, Estados Unidos), se paga mal por mercados consumidores que son dominantes respecto de nuestro país, y no tenemos la fuerza suficiente ni para imponernos a esos mercados ni para buscar otros. A la vez, y como parte de ello y consecuencia

de la explotación imperialista, nuestra estructura económica es aberrante, no produce lo que podría producir, utiliza mal lo que produce, produce caro (incluso en la ganadería y la agricultura) y en lugares inadecuados (caña de azúcar en Tucumán), y padece de males provenientes de malos y mal trazados transportes, falta de energía, exceso de servicios, etc. etc.

Finalmente, el crecimiento de unas clases medias monstruosas y un vasto proletariado, producen problemas también insolubles dentro del sistema.

El "tamaño" de las clases medias es enorme y en su mayor parte parasitario, como consecuencia de nuestra situación de país dependiente pero con un desarrollo capitalista relativamente alto. Esas clases medias no sólo pesan sobre todo el aparato productor, sino que deforman toda nuestra vida económica, social y política. Consumen más de lo que nuestra capacidad productiva actual posibilita, pero, además, tienen un alto nivel de consumo, no ya únicamente cuantitativo sino también cualitativo, y no sólo en el orden material, sino también en todos los demás. Clases pasivas, no creadoras, tienen sin embargo en gran parte de sus sectores cartabones de consumo fijados por los altos niveles de la sociedad actual en su conjunto. Exigen "buenas" casas, "buenos" aparatos eléctricos, y también "buenas" películas, "buena" literatura, "buena" política. Buena, es decir, la que proveen como valores de "bondad" los centros imperialistas. Altos patrones de valores, pero pasivos. Esto, que es "normal" en las clases medias, adquiere un carácter especial en los países periféricos, donde esos patrones o modelos son establecidos por las burguesías de los centros imperialistas, y no por la propia burguesía. Este hecho refuerza entre nosotros el carácter predominantemente consumidor, pasivo, que a su vez tiene nuestra burguesía en su conjunto: la falta del poder creador que las caracteriza como consecuencia de su dependencia.

Al mismo tiempo, esas clases medias desarrollan, como ocurre en todas las clases medias donde éstas existen al nivel capitalista, un doble juego de tendencias, marcadas también por el tipo de dependencia de nuestra sociedad y su ya mencionado alto desarrollo relativo: fantasean con la posibilidad de *tomar el poder como tales clases medias*, reemplazando a la clase dominante, la burguesía. Eso significa aquí, simultáneamente, atento al hecho señalado antes, *tomar la sociedad para hacer de ella una sociedad del mismo nivel y de las mismas características que las sociedades modelos (las centrales)*, lo que es un imposible, no sólo por ser las clases medias impotentes para realizar tal hazaña, sino porque intentan alcanzar ese modelo sin renunciar en el presente a los altos niveles de vida que esos modelos actualmente proponen y proveen, es decir, sin dejar de consumir precisamente lo que esos modelos nos entregan como precio al par que instrumento de nuestra dependencia. Reproducen, pues, las clases medias, en este sentido, las contradicciones que aquejan a nuestras burguesías, sin tener como éstas impulsos nacidos de la posesión de la estructura de producción que las lleve a enfrentar en esa misma estructura a los centros dominantes. De tal modo, las clases medias hipertrofian en el campo de las superestructuras lo que no pueden ni intentar en la estructura económica misma. O dicho de otro modo hipertrofian fantasías en el ámbito ideológico-cultural, que se llena de postulaciones, de "programas", jamás llevados a la realidad ni aun en ese mismo campo. Las clases medias refuerzan de nuevo aquí el "ideologismo" cada vez más agudo de nuestra burguesía, tanto más "ideológica" cuanto menos capaz de llevar a los hechos el impulso interno de toda burguesía: la creación de un centro autónomo, apoyado en un mercado unificado propio.

Del mismo modo, las clases medias, así como desarrollan fantasías respecto

de las clases dominantes y reflejan multiplicada la incapacidad de éstas para resolver los problemas generales de la sociedad, desarrollan impulsos contradictorios respecto a las clases populares. Por una parte, intentan dirigir, liderar, a las clases populares, de acuerdo al conocido fenómeno por el cual crean la fantasía de derrocar a la burguesía realizando una sociedad populista, a condición de reemplazar ellas, las clases medias, a la burguesía como ápice y beneficiarias del esfuerzo social en su conjunto. Pero, por la otra, temen y odian a las clases populares, tanto más cuando éstas están principalmente representadas, como entre nosotros, por un proletariado industrial que actúa como líder espontáneo de las clases populares en su conjunto.

Esto último se refuerza en todos los países capitalistas de nivel industrial, por el hecho de que el proletariado tiende a desplazar a la mayor parte de las capas de las clases medias, tanto en cuanto al usufructo de bienes materiales (mejores sueldos y salarios), como en importancia social y política. Hoy ya es entre nosotros más importante socialmente, goza de mejor status social, y gana más, un obrero especializado que un empleado común, y aun que ciertos estados y los maestros. Este hecho, lógico en toda sociedad industrializada, dentro del sistema capitalista, coincide entre nosotros con la particular experiencia del peronismo, que dio a ese fenómeno ciertas peculiaridades muy dolorosas para las clases medias, tanto por la acritud política que adquirió como por su rapidez: en poquísimos años, las clases medias vieron derribarse toda una escala de valores que creían inalterable; todo un mundo se conmovió y transformó en menos de una generación.

Ya vamos viendo cómo la presencia del proletariado crea condiciones, *por su sola existencia*, que introducen un conflicto permanente en nuestra sociedad, apareciendo como un carbón ardiente que todos desean utilizar pero que nadie se anima a tomar decididamente en las manos.

El nacimiento y la expansión de nuestro proletariado es recentísimo. Sólo a partir de 1935 se multiplican las fábricas, y aparece un verdadero proletariado industrial (no artesanal) en cantidades ponderables. Este hecho no es totalmente original: también en otros países dependientes de la industrialización cobró vuelo en esos o subsiguientes años. Pero sí es parte de un hecho novísimo, precisamente ése: la aparición de *países industriales periféricos y dependientes*, en los que nace un proletariado industrial numeroso y poderoso.

Hasa ahora, tal fenómeno era un privilegio exclusivo de los países de alto desarrollo industrial relativo, de los países capitalistas "clásicos" que, a la vez, son centros imperiales. En ellos, el desarrollo de la clase obrera planteó por primera vez este problema: aparece una clase que tiende a tomar la sociedad, con conciencia y poder para tratar de llevarlo a cabo efectivamente (lo que sólo ocurre históricamente con algunas clases, las menos); clase que, a diferencia de las que anteriormente han dominado la historia, no puede conquisar la sociedad apoderándose primeramente de su estructura económica, sino que tiene que hacerlo conquistando el poder político, y que crea la teoría y los instrumentos para llevarlo a cabo. Esto es posible, porque precisamente el desarrollo de la nueva clase es parte de un proceso que permite y exige que los medios de producción susceptibles de apropiación dejen de ser propiedad privada individual para pasar a ser de propiedad colectiva, y el proletariado es el único capaz de realizar, en cuanto clase, tal tarea.

A mediados del siglo pasado, el problema europeo estaba planteado en esos términos definitivos y al parecer definitivos: el proletariado disputaba a la

burguesía el poder, y prometía la creación de un nuevo tipo de sociedad. Pero el sistema encontró una salida a esa disyuntiva, salida nacida de su propia dinámica y que las clases dominantes captaron y usaron rápida y eficazmente: el conflicto podía resolverse sobre la explotación de las mismas colonias que habían ayudado al crecimiento del capitalismo. El imperialismo significa en todos los sentidos la faz superior y última del capitalismo. A través de él, las burguesías de los países centrales pudieron asociar a ellas a sus proletariados. El "centro del mundo" elevó su nivel de vida sobre la explotación de los pueblos coloniales, y los partidos revolucionarios de los proletariados europeos poco a poco ingresaron en el juego del régimen: las social-democracias aprendieron buenos modos, se hicieron reformistas, legalistas, parlamentarias, se "espiritualizaron", como gusta de decir Palacios.

Más aquí nos encontramos ante un dilema en el que falta uno de los términos: ¿qué hacer en los países dependientes con el proletariado, si no existen otros pueblos que explotar sino el que forma ese mismo proletariado?

Las burguesías de los países dependientes que expresan las tendencias hacia la creación de sociedades capitalistas autónomas encuentran dentro de sus impulsos espontáneos la respuesta: encontrar a su vez colonias. Estas son, ya lo mencionamos, una necesidad básica de todo capitalismo en ascenso. No basta (no bastó a capitalismo clásico) la explotación de su propio pueblo. A la plus-valía interna es necesario sumarle la plus-valía colonial. De allí el "imperialismo" brasileño, mejicano, argentino, chileno, respecto de los otros países americanos. De un modo deformado, eso es lo que expresa el ridículo sueño de reconstruir el Virreynato del Río de la Plata de nuestros nacionalistas de derecha. De paso, ya lo vemos, esta posibilidad solucionaría el problema que crea la, por otra parte, imprescindible clase obrera. El "nacionalismo" burgués, que tiene sus aspectos positivos en los países dependientes, no deja tampoco de ser eso, burgués, es decir, instrumento de dominación. Bueno es recordarlo de vez en cuando.

Pero, ¡ay!, las necesarias colonias no existen. Nuestras burguesías una vez más encuentran sus propios límites. ¿Qué hacer entonces con esta incómoda clase obrera? ¿Suprimirla? Parecerá ridículo, pero esto fue propuesto bien en serio en recordables artículos de *La Nación* por el ministro de Justo y supuesto economista, doctor Hueyo. El plan era simple: desmantelar las "artificiales" industrias, volver a las vacas, y favorecer la emigración hasta regresar a ser un apacible país de diez millones de habitantes. ¿Que el doctor Hueyo puede estar un poco loco? Vaya. Pero no es en todo caso la excepción. ¿Qué otra cosa significó el furor "gorila" al desmantelar industrias y asaltar sindicatos y fusilar obreros que una locura de la misma especie, menos verbalizada pero no menos clara?

Hay sin embargo propuestas menos sangrientas, más lúcidas.

Una parte de la burguesía pretende mantener a la clase obrera, unificada, en un vasto movimiento policlasista que reitere el intento peronista. Un desarrollo a todo trapo, permitiría la expansión permanente de nuestra economía, y un reparto de la renta a través de la justicia social que apaciguara la lucha de clases. O la suprimiera. Este sector, el más materialista de nuestra burguesía porque está unido a la producción de tipo más alto, la industrial, entiende la lucha de clases al nivel de su propia realidad: la economicista. Para ella la lucha de clases no es más que la lucha por el reparto de la renta social. Social-cristianos, demo-cristianos, social-reformistas, neo-capitalistas, desarrollistas, cristificistas, todos creen posible reproducir el esquema europeo: con pan, buen trato y un parlamento dividido, el proletariado entrará por la

buena senda. ¿Pero de dónde saldrá la renta a repartir? El peronismo utilizó y usufructuó las excepcionales condiciones de la guerra y la posguerra: nuestras vacas, nuestra lana y nuestros cereales daban para sostener la pirámide íntegra. Mas, ¿y ahora? Soñemos con cábalas económicas: estabilidad, deflación, desarrollo, radicación de capitales, inflación controlada. La reunión de economistas en la C.G.T. nos dio hace poco un concurso de oratoria, demagogia e ineptia que provee un buen catálogo para entender lo que ocurre a nuestra burguesía y a sus representantes y voceros de la clase media intelectual: de Aldo Ferrer a Guido Di Tella, toda la gama neocapitalista presentó sus propuestas.

Otro sector prefiere algo mucho más natural a sus ojos: la clase obrera debe despolitizarse, dejar de actuar unificada en un solo partido político, dividirse en varios, y así será más manejable, menos cerca estará de descubrir su propia fuerza. Más primitivos, más confiados en viejas invocaciones en cuya eficacia no pueden dejar de creer a riesgo de encontrarse desvalidos en un mundo hostil, los radicales del Pueblo representan mejor que nadie esta tendencia: tradiciones vernáculos, respetables pero ya caducas; mística creencia en los poderes mágicos de las libertades burguesas; invocaciones verbales a un nacionalismo más literario y moralista que económico; paternalismo revestido de tímidas ilusiones respecto de los remedios semitémicos, semipolíticos inventados en Europa para planificar la economía; he aquí el bagaje de aquellos que van a detentar el Poder Ejecutivo en un sistema semiparlamentario inventado ad hoc por el conjunto de nuestra burguesía.

¿Es ese el partido capaz de resolver los problemas nacionales, el "problema" nacional de nuestra burguesía, a través de un programa de buenas intenciones? ¿Resulta ahora muy destructivo contestar que no?

Casi como un símbolo, esa burguesía que no sabe qué hacer, dividida en fracciones heterogéneas, cada una de las cuales es impotente para imponerse a las demás y resolver el problema que aqueja a todas, ha encontrado una salida que expresa cabalmente todo eso: ha llevado al poder al partido más heterogéneo, más parroquial, más indeciso, más influido por las clases medias.

No estoy levantando una calumnia.

Como es bien sabido, políticamente la UCRP se divide en cuatro fracciones, cada una de las cuales funciona hasta cierto punto como un partido independiente: el Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR), cuyo caudillo es Balbín; el Unionismo, cuyo representante más conocido es Zavala Ortiz, y al que pertenece Perette; la Intransigencia Nacional (sabatismo), cuyo jefe es Illia, y la Intransigencia Popular, manejada por Rabanal. Cada una representa diferentes cosas, tiene una clientela electoral propia, y varía en cuanto a lo que significa de distrito a distrito.

El MIR expresa sobre todo a los ganaderos criadores de la Provincia de Buenos Aires, aunque tiene fuerza y aun domina al partido en algunas provincias menores. Su clientela es sobre todo de clase media popular, sus cuadros son de clase media profesional. El Unionismo varía: bodegueros en Mendoza (Virolo salió de sus filas); ganaderos en Entre Ríos; hombres de la CADE, caudillos de comité, protectores de jugadores profesionales en la Capital Federal. En sus orígenes, el Unionismo se formó por la unión del alvearismo con el ala antipersonalista que gobernó desde 1932 hasta la muerte de Ortiz. El general Justo y Ortiz salieron de sus filas; Melo y Gallo fueron, aun más que Alvear, sus prohombres. Los antiguos "azules" (vaya coincidencia), los "galeritas", los creadores de la Sección Especial; los coparticipes del

fraude en la "década infame"; los más directos usufructuarios del golpe del 6 de Setiembre de 1930; la punta de lanza de la Unión Democrática en 1945 (por eso se llaman Unionistas). Tal es el pedigrí que exhiben. Detrás de ellos están los invernales enriquecidos a partir de 1923, los grandes criadores de chilled. Perette, hijo político de los Mihura y los Laurencena, es hoy su jefe visible. La Intransigencia Nacional fue en su momento el ala que reivindicó antes que nadie a Yrigoyen. Su baluarte es Córdoba. En su momento, allá entre 1935 y 1945, fue, junto con FORJA, y los generales técnico-industrialistas como Savio, la expresión de un nacionalismo burgués populista, un poco primitivo. Coquetó con el peronismo, pero luego, frente al ímpetu peronista y a la mayor eficacia del MIR, retrocedió en su conjunto a un verbalismo nacionalista y popular que ni siquiera le dio capacidad como para tener fuerza dentro de la UCR. Sus grupos más avanzados emigraron, solitariamente, sin poder arrastrar ningún caudal detrás, junto con Del Castillo, hacia un casticismo que nunca pudo cobrar fuerza. Hoy, lo que puede decirse de la Intransigencia Nacional es que representa un honesto grupo de dirigentes de clase media de Córdoba, sin ligazones ni con sus criadores de vacas Hereford ni con sus industrias. De algún modo, sin embargo, expresan eso. Y también la crisis industrial que sacude su provincia. La Intransigencia Popular es sólo una unión de caudillos, nada diferentes del Unionismo de la Capital Federal. Incluso, ambos han provisto los más ilustres gorilas colorados: Adrogé (I. Popular), Perkins, Mathov, Sanmartino (unionistas).

El antiperonismo primero, y el antiperonismo-antifronidismo después, constituyeron la amalgama que realmente mantuvo unida hasta ahora a la UCRP. Sin embargo, violentas fisuras la recorren, aparte de las viejas divisiones: los grupos más rabiosamente antiperonistas, más "colorados", representan mucho más de lo que hoy parece ante la moderación legalista expresada por Balbín o Illia.

De todos estos grupos, el políticamente más fuerte, el que posee mejor maquinaria electoral, el único al que han adherido grupos jóvenes de profesionales de clase media, influidos hasta cierto punto por una mezcla de keynesismo y de lecturas del Fondo de Cultura Económica, es el MIR. Detrás hay algunos ganaderos cuyo crecimiento y cuyos problemas los ha obligado a asomarse a los planteos internacionales. En gran medida son los dueños de la C.A.P. y hasta cierto punto se animan a pensar, en términos comerciales, con alguna independencia. Eugenio Blanco (ex ministro de Aramburu) será o no su candidato a ministro de Hacienda, pero representa al grupo de profesionales (contadores, doctores en Ciencias Económicas) que rodea a Balbín. Con menos audacia, pueden llegar a representar algo parecido al frigerismo. El Unionismo, a su vez, es el grupo que tiene políticos de más envergadura, el único con real experiencia de gobierno, el que expresa el poder del dinero, la ligazón con los monopolios más viejos, poderosos en el orden local, aunque no lo sean tanto internacionalmente (en relación a los del petróleo, por ejemplo).

¿Va a realizar este conglomerado de intereses, de tendencias, de impulsos contradictorios, en gran medida irracionales, un plan nacionalista, democrático-burgués? Aun teniendo el poder político en sus manos, al modo como lo tuvo Perón, o al más formal de Frondizi, sería bien dudoso que eso ocurriera, para decirlo "no destructivamente". Parcelado cuidadosamente el poder a la manera parlamentaria europea mediante la ley de representación proporcional, necesitada la UCRP de llegar a acuerdos con otros bloques legislativos para poder dictar cualquier ley, es bien claro que nada positivo va a poder realizar, aun

en el improbable caso de que lo quisiera. Ya veremos, si es que dura, al gobierno radical achacar su ineffectividad a la falta de cooperación de las Cámaras. Su mejor arma política va a ser ésta: trabajar como una especie de oposición en el poder, presentando su impotencia como resultado de la mala voluntad de los demás.

¿No quedará pues nada de las promesas radicales? En el próximo número nos ocuparemos de esto.

Raúl A. Panunzio

A PROPOSITO DE LA POLEMICA SOBRE EL MARXISMO Y EL CRISTIANISMO

"Si un ciego conduce a otro,
ambos caerán en el pozo."

De La Biblia

He leído con atención el nuevo brote de polémica sobre el remanido aunque, al parecer, no definitivamente agotado tema de las relaciones entre el marxismo y el cristianismo.

En el artículo de *Córeo de C.E.F.Y.L.*, así como en los publicados por la revista *Discusión*, encontramos dos posiciones fundamentales, relativamente antagónicas. Por una parte, la del profesor Eggers Lan, un intento de conciliación entre la ideología y la doctrina, y por otra, la de Masotta, la exposición de un enfrentamiento entre ambas, enfrentamiento que se diluye en medio de algunas manifestaciones innecesarias de erudición académica y algunas confusiones de niveles en el análisis.

Para tomar ambas posiciones dividiré esta nota en dos partes. Tomaré primero la posición asumida por el profesor Eggers Lan y luego la exposición de Masotta, para, por último, tratar de establecer algunas relaciones.

Es indudable que, en cuanto a conocimiento se refiere, el individuo no puede evitar aderezar su información con algún elemento de fe; cualquier tipo de conocimiento individual tiene este agregado —es imposible verificar por uno mismo cada dato o cada momento—, pero aquí no vale la recíproca, la fe individual no se identifica con el conocimiento. La posición de Eggers Lan marcha sobre este segundo camino.

La línea en que se mueve el pensamiento del profesor Eggers, en lo fundamental, no va más allá de lo que han sido, hasta el momento, todos los intentos de conciliación realizados por el social-cristianismo en terrenos de la política.

Personalmente no creí conveniente iniciar una explicación de un tema que considero agotado hace ya mucho tiempo; pero el director de *Discusión* me hizo notar, y con razón, que ésta es una de las tantas formas en que el marxismo —filosofía cotidianamente desvirtuada en nuestro medio— podía entrar a ser tema de debate y, por esa razón,

creo que puede resultar de alguna utilidad tratar, dentro de mis posibilidades, de aclarar el panorama.

Abandonaré los lineamientos generales en que se plantea la discusión, para llevar el tema donde, pienso, es el terreno en que debe plantearse dicho enfrentamiento y, por otro lado, el único lugar donde pueden verificarse los argumentos.

Desde que Marx sostuvo que la filosofía ya había completado su tarea de interpretación del mundo y que le correspondía, desde ahí en adelante, ponerse a la labor de transformarlo; desde ese momento —ya que la premisa de la transformación de la realidad es la transformación de la sociedad humana misma— la tarea del pensador filosófico, como bien lo explicita Gramsci, encuentra su campo de acción en la política. Podría señalarse a este respecto que, en verdad, siempre el pensamiento filosófico fue un pensamiento transformante; la contemplación, en tanto que humana, es activa; pero con Marx la actividad cobra conciencia de sí y de su tarea, y las definiciones se restringen, entonces, al marco de la política cotidiana.

Con este punto de partida, justificable ya que es el del filósofo en cuestión, abordaré el tema.

Como sostenía más atrás, el profesor Eggers Lan no va más allá de los intentos social-cristianos de lograr una conciliación entre el pensamiento revolucionario y el cristianismo. Este agotado intento de unir la revolución a la religión mediante versículos, ha tenido vida ya alguna vez en nuestro país, aunque no en nuestro medio.

Frente a los argumentos del profesor Eggers Lan podrían juntarse infinidad de "pruebas bíblicas" para desvirtuarlos —los Testamentos pueden suministrar material para cien revoluciones y otras tantas contrarrevoluciones—, pero no es mi intención entrar en ese terreno. Como decía antes, toda la resolución del problema se enmarca en el terreno de la acción y ese es el terreno de las ciencias políticas o, mejor dicho, de la política entendida como ciencia.

En el campo histórico-político, es decir, en el campo de las luchas de clases, hechos son amores y allí es donde corresponde analizar la acción del cristianismo —como de cualquier otra religión— y es en la acción de éste donde encontraremos argumentos para, sin dudar en ningún momento de la honestidad de las intenciones de Eggers Lan, demostrar lo equivocado de sus tesis.

Resulta para cualquiera, y supongo que también para Eggers, sumamente escabroso relacionar un pensamiento religioso —evolucionado o no— con un filósofo que comienza uno de sus primeros trabajos sosteniendo que *la crítica de la religión es la premisa de toda crítica* (C. Marx, "Introducción para la crítica de la Filosofía del Derecho, de Hegel"), o que *el hombre hace la religión y no ya, la religión hace al hombre* (Ob. Cit.), o que *la religión es el opio de los pueblos*. Pero no es mi intención demostrar estas contradicciones mediante citas más o menos eruditas. Quiero, repito, llevar el tema a su campo específico, que es el político. En el terreno político, la iglesia —y no entiendo cómo el articulista se las arregla para separar "buenos" y "malos" dentro de una actividad que, lo quieran estos o no, les es común— ha marchado siempre a contrapelo de la historia. En épocas de crisis, como en la actualidad, por ejemplo, su actividad se ha reducido a la espera o a la acción negativa.

Ya sostuvo en otra parte que, en la historia de un proceso revolucionario, cualquier momento de pasividad es momento de actividad contrarrevolucionario. La iglesia (y la identifico con la religión ya que, para una acción concreta, no hay dónde ir a buscar a ésta, como no sea en aquélla) se mueve en este plano. Si, como lo sostiene el marxismo, el motor de la historia es la lucha de clases, todo lo que ha realizado la iglesia en este terreno ha sido buscar desesperadamente la conciliación de clases, la detención del proceso, y en eso lo encontramos aún hoy.

Yo no identifico al profesor Eggers con intenciones de ese tipo —fui su alumno y lo aprecio demasiado, creo que como todos los que lo fueron o lo son—, pero, intenciones o no, su posición de amor a ultranza lo coloca en ese mismo terreno político. Ya Lenin, en sus trabajos sobre Kautzky o sobre la religión, definió bien el problema: La lucha de clases es por hombres, entre hombres y contra hombres. Las clases están compuestas por hombres.

Cuando el profesor Eggers habla de destruir las clases sin destruir sus componentes, cuando olvida la vida cotidiana, la vida concreta, entra en el mismo terreno que critica al referirse a los argumentos hegelianos que le aplica Masotta. Le valen.

Marx criticaba en Hegel, precisamente, el reducir los hombres a una abstracción (ver *Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844*), a un elemento componente de la predicación de la vida, en vez de tomarlo sujeto activo de la misma. El profesor Eggers hace lo mismo con las clases sociales al colocarlas al margen de los hombres que las componen. *Los hombres pueden amarse, las clases no*, a eso parece reducirse la exposición del pensamiento social-cristiano y a eso, también, la exposición del profesor Eggers Lan. Pero, ¿qué son esas clases? ¿Están compuestas por émulos de Mr. Hyde que pueden reinvertir su transformación en cualquier momento? La destrucción de los medios de poder de una clase ha llevado siempre a la destrucción —historia de por medio— de su núcleo dirigente, a la simple y real destrucción física, y eso no supone ningún *harakiri universal*. El amor predicado en la nota en cuestión es demasiado abstracto para ser humano. Se parece al que predicaban aquellos que, sin objeto amado inmediato, exponen todo su amor a "La Humanidad" o a "La Gente", y es fácil notar que no nos resulta tan simple ejercer o soportar un amor de esa naturaleza, porque, lisa y llanamente, no es ubicable en ningún lugar real de la tierra.

Respecto de este tema —y lamento la "gaffe" del profesor Eggers al sostener que Marx no se acupa del amor— Marx es muy claro; se ama lo conocido, lo espiritualmente común; nada de amores generalizantes, nada de amor al enemigo. El amor, en Marx, salvando tiempos, tiene un sentido socrático de conocimiento y, por ende, de comunicación (ver *Manifiesto Comunista*). Pero esa comunicación y ese conocimiento tienen un contenido clasista que, en una humanidad escindida, alienada por las luchas de clases, no puede ser más que hermandad entre explotados en el odio a los explotadores. Y si aparecen excepciones a esto, habrá que hacer como en los subtítulos del cine: "cualquier identificación con la vida real, es mera coincidencia". Para bajar un poco a lo que pasa a nuestro alrededor, daré un ejemplo pueril: ¿Quién no sabe de algún "noble patrón" que no ame a sus empleados? Pero, ¿los ama como a otra cosa que a empleados? Todas

manifestaciones, según parece, de la contradicción entre producción social y apropiación individual. Es tedioso y hasta odioso meter el amor en negocios tan bajos.

Para finalizar: Creo que en la encíclica *Mater et Magistra* podrán encontrarse los más brillantes intentos políticos (y no creo que nadie niegue contenido político a ese documento) de conciliación de clases, de reformismo político; reformismo que, por "rara" desgracia, ha sido eternamente regresivo o detención del ascenso de las clases oprimidas.

Pasaré a la segunda parte de esta nota.

El intento de crítica de Masotta tiene, a mi juicio, el problema de presentar ciertos rasgos de erudición ecléctica que, a la vez que esterilizan su esfuerzo, lo alejan bastante de la filosofía que pretende representar o defender (no lo tengo demasiado claro).

Si lo que presentamos es una defensa del desarrollo revolucionario de la humanidad a través de lo que se considera su manifestación pensante, es bueno comprender que ese mismo pensamiento necesita pocos adornos exteriores para salir adelante. Para refutar las posiciones social-cristianas basta con Marx. Por otra parte, y esto no es ningún descubrimiento, la revolución se expresa y maneja con las palabras más simples.

Massotta parte de una comparación de las posiciones de Calvez y Bigo con las del profesor Eggers Lan. Quienes hayan leído los artículos en cuestión, verán que las quejas de este último tienen su matiz de justicia.

Partamos desde Calvez.

Mi opinión sobre Calvez —y no la pretepto absoluta— es un tanto dispar a la de Masotta. Calvez no es un buen expositor de Marx (aun cuando ciertos teóricos trasnochados hayan llegado a recomendar el libro de este jesuita como una buena introducción al tema). Calvez es un hábil tergiversador. Quienes hayan leído *El pensamiento de Carlos Marx* podrán comprobarlo; traerlo aquí y desmenuzarlo sería extender al infinito esta nota. Sin embargo, y voy a utilizar un argumento del mismo Masotta, la posición integracionista que, en política, muestra ese sacerdote, define por sí mi afirmación. Y no se trata de que Calvez tenga problemas filosóficos por enfrentar el marxismo con un pensamiento pre-marxista, como dice Masotta. Calvez da en filosofía lo que las nuevas escuelas economistas norteamericanas, Samuelson por ejemplo, dan para la economía política. También éstos saben que su problema está en tergiversar el marxismo, aun utilizándolo.

Pero, al margen de estas observaciones, hechas, espero, en beneficio de la clarificación del tema, muchas de las críticas a las notas de Eggers Lan que hace Masotta, me parecen acertadas. Sólo me quedaría recordarle que (aun cuando quizás esto sólo valga para quienes conocemos a Eggers de cerca) no conviene meter en la misma bolsa a un honesto y casi desesperado buscador de soluciones con un pensador que, agotadas sus fuentes naturales, sale a la palestra en son de combate, presintiendo una derrota, pero tratando de sacar el mayor partido posible de ella. Calvez no es un Balzac. Es bueno comprender que entre un creador revolucionario, aunque se tomara a sí mismo por monárquico, y el desvirtuador de un pensamiento que conoce demasiado bien como para poder engañarse respecto de los elementos que maneja, media un abismo.

Eggers Lan no está ni en una ni en otra situación. Que me perdone, pero pienso que no conoce o no interpreta lo suficientemente el pensamiento marxista y, por lo tanto, lo híbrida (y no digo lo tergiversa porque doy a esta palabra un contenido de premeditación). Creo que, cuando llegue a él, sí logra deshacerse de su carga de religiosidad que le hace ver cristianismo por todos lados, lo tendremos en nuestro campo. Pero estos sólo son deseos.

Volviendo al trabajo de Masotta, y para finalizar, recalcaré mi crítica sobre su contenido de erudición que considero ecléctica y, a veces, hasta innecesaria. El marxismo, como praxis, es decir en su realización política, diferencia bastante clara y marcadamente el *inconcebible revolucionario que no sueña* del que hablaba Lenin, de quien proyecta su vida individual e individualista al estilo de Heidegger, esté o no la autoridad de la palabra de un Sartre de por medio. Quizá en la diferencia del hombre entendido en esencia, como lo define Marx burlándose de Fichte (ver *El Capital*), y el hombre entendido como proyecto existencial, haya que buscar las raíces del problema de la religión vista desde el marxismo.

Marx no ha tocado ni el problema existencial ni el religioso como no sea desde una perspectiva del desarrollo histórico de la sociedad, pero es claro en la definición del tema. En esto Marx repite a Feuerbach: *Nadie más religioso que el hombre existencial en sentido estricto* (L. Feuerbach, *Sobre la Esencia del Cristianismo*); nadie tan necesitado de trascendencia ultraterrena como el individuo solitario, cosificado, incommunicado.

Cuando Masotta habla de la alienación que imposibilita el amor en esta sociedad que estamos viviendo, invierte el esquema de Eggers Lan, pero dice lo mismo. Sólo que lo que es mística cristiana, amor abstracto, se transforma en mística atea, acción abstracta.

El marxismo está en otra cosa. La dinámica de la relación individuo-sociedad, la comprensión de esa dinámica, es otro de los grandes aportes del marxismo. No estará profundizado mediante tratados escritos para academia, pero está realizado o en vías de realización histórica. Este tema no da para demasiadas dudas: *En la relación social comprendida, conocida, el hombre es productor y producto; en la apreciación individual religiosa, sólo es producto*. La superación de la alienación está en el conocimiento de esa necesidad social, y no hay nada tan letal para el sentimiento religioso como este conocimiento. Pero Masotta no ve al cristianismo desde una perspectiva marxista y eso se hace evidente al no encontrar una sola referencia directa al filósofo en cuestión en todo su artículo. Masotta ha preferido ver el problema desde una perspectiva que, aciertos críticos (que soy el primero en aceptar) o no, poca o ninguna relación guardan con la perspectiva marxista.

El peligro de estas "mezclas eruditas" está en que crean en torno a ellas aquellos "pozos de sabiduría" de los que resulta tan difícil salir a la lucha concreta. El buscar una solución individual, personal, donde hay una relación histórico-social, es el punto de contacto entre las dos posiciones en pugna, tal como lo sugiere el epígrafe de esta nota.

Claro que todo esto es válido exclusivamente desde una perspectiva marxista. No voy a pretender que sea la única válida, aunque confieso que para mí lo es. De todos modos, cada cual tiene derecho a pensar lo que mejor le parezca sobre el tema. Lo que hay que hacer entonces,

es declarar opinión propia lo afirmado y no atribuirlo a un pensador que, para nuestra suerte, es demasiado claro en las cosas que afirma sobre el asunto que estamos tratando.

Chacabuco, Agosto de 1963.

NOTA: El lenguaje utilizado en este trabajo trata, hasta donde me ha sido posible, de mantenerse dentro del más elemental sentido común. Las características del tema y la heterogeneidad del público a quien está dirigido así lo exigen. Quizá a los interesados más directos no les resulte la forma más conveniente y pueden tener razón; pero, en el ambiente en que nos movemos, lleno de lenguajes técnicos, resulta problemático saber cómo hablar para ser entendido.

CeDInCI

DISCUSIÓN

Director: JORGE A. CAPELLO

Suscripción a 4 números de 1963 (6 a 9), \$ 60.-, que pueden remitirse mediante cheque, giro o estampillas postales, a nombre del director, C.C. 158, Suc. 1, Buenos Aires.